

ciones de Maria, y especialmente lo que tanto celebramos, sucedido en nuestros tiempos en Lourdes.

Jesucristo mirándonos compasivo, desde la altura de la cruz donde agonizaba, en la persona de Juan el discípulo amado dijo: *ved ahí á vuestra Madre*. Comprendida en esta indicacion la promesa de no dejarnos huérfanos, añadió: *os he dado por padre á mi propio Padre: pero no bastando esto á mi amor, necesario es que tengais una madre, en sustitucion de Eva que perdió la gracia*.

Tuvimos un padre y una madre en el órden natural, y un padre y una madre ha querido Dios que tuviéramos en el órden de la gracia. Mirad pues á Maria á quien he nombrado por vuestra madre; esta es la madre que os faltaba, la madre que os habia prometido, la madre que os doy, á la cual os confio; y por ella serán ampliamente reparados los males que os ha causado la madre que habeis perdido.

Con ella y por ella nada os faltará. Considérese cuan llena de amor se manifiesta esta solicitud de la caridad de un Dios redentor! Nos reconcilió con Dios Padre por medio de su sangre; y dándonos por padre á este mismo Dios, él mismo se hizo nuestro hermano. Para dar á esta filiacion de Dios Padre, á esta fraternidad con el Dios Hijo, un título de seguridad, un centro de descanso, un lazo de union, un guia, un apoyo, quiso Jesucristo con exquisita complacencia, que su propia Madre, fuera la nuestra.

Para hacernos un don semejante no esperó nuestra demanda; movido por su misericordia, previo nuestras necesidades.

Debemos apreciar mucho este señalado favor de la bondad de Jesucristo, por haber sellado con las últimas